


—Vámonos —le dijo—, tengo algo importante qué hacer.

Carlos regresó a la casa de Flora. Y fué Clara quien le abrió la puerta. Se había levantado poco antes, desobedeciendo las órdenes de Flora. La directora había salido cuando Clara oyó tocar.

—Te ruego que perdones esta terquedad mía, Clarita; ya sé que no querías verme, pero yo tenía que hablar contigo.

—Me bastaba con saber que ya estabas libre. (Sigue en la página 14)